

SUSCRICION

En las oficinas de la CORRESPONDENCIA ILUSTRADA, Infantas, núm. 42, bajo. En la librería de Fe, Casera de San Jerónimo, núm. 2; en todas las demás librerías, y en el centro de suscripciones, Pasaje del café de Madrid.

En provincias por medio de nuestros Corresponsales, ó escribiendo directamente á esta Administración.

Número suelto 10 CÉNTS.



DIRECTOR, D. PEDRO PAGAN.

PRECIOS

P. C.
Madrid, 1 mes. 2
Prov. 3 meses. 7'50

PORTUGAL
3 meses..... 7'50

EXTRANJERO
3 meses..... 22'50

ULTRAMAR
3 meses..... 25

ANUNCIOS
Línea..... 0'50

Comunicados y reclamos, precios convencionales.

Número suelto 10 CÉNTS.



ANO I.—(II Epoca.)

Jueves 7 de Octubre de 1880

NUM. 43

NUESTRO GRABADO

¡Cuidado si tenía obligaciones que cumplir un abad de aquellos tiempos!

El convento, por sí solo, era una corte con sus correspondientes favoritos, sus camarillas, sus oposiciones, etc.: y si algo faltaba debía ser Jove y Hevia por gentilico.

De manera que para dirigir el cotarro abacial y encauzar hacia la bienaventuranza los apetitos y deseos de aquellos hermanos ó aquellos padres tan nutridos y relucientes, se necesitaba un padre que valiese por todos los demas, y diese quince y raya al más padre de todos.

Aposentadores del cielo, que negaban ó otorgaban un puesto en él á los que acá, en la tierra, ocupaban los más altos, claro es que habían de tomar una parte activa y directa en la política, como personas al cabo con quienes convenía estar bien en vida y en muerte; pero en la muerte especialmente.

Administradores de la comunidad, no podían descansar hasta haber recogido todo el producto de primicias, censos, diezmos y sus equivalentes, sin que pudiesen dejar perder ni un grano de trigo.

Si se hubiese tratado de dinero propio, otra cosa hubiera sido; pero se trataba de las ánimas, y era fuerza tener siempre perdonces que girar contra el Purgatorio.

Dueños absolutos de territorios extensos, y pagando, á su vez, un feudo á la Corona, no era infrecuente que saliesen, con las armas en la mano, en defensa propia ó en auxilio del monarca.

Así, las letras giradas al otro mundo no sufrían interrupcion: unas veces giraban perdonces, y otras veces, de un mazazo, giraban un alma.

Todo esto sin perjuicio de asistir á los concilios siempre que hubiese algun Juan de Hus á quien quemar, ó para declarar terminantemente que la mujer tenía más de cosa que de persona.

Si algun minuto quedaba libre de ocupacion en vida tan atareada, se encargaban de llevarlos los derechos feudales, de cuyo ejercicio no podían eximirse los abades de pendon y caldera.

Justo era que disfrutasen de algun reposo, cuando las circunstancias lo permitiesen; y así no me extraña que molestado un abad de aquellos tiempos por la algarabía de las ranas, que no le dejaban conciliar el sueño, hiciera que los aldeanos pasaran la noche golpeando el algua de los estanques, para que las ranas no cantasen.

Y... créalo usted ó no lo crea: las ranas no cantaron aquella noche.

A primera vista parece que la abadía de Lapais tenía tanto de castillo como de convento. A segunda vista sucede lo mismo. Y es que tampoco faltaban agresiones que rechazar.

El terrateniente y el pechero, á pretexto de que el dueño de las tierras les llevaba un poco y la Iglesia les llevaba otro poco, dieron en pasar hambres, y como el hambre es mal consejero y los conventos eran ricos, hubo convento que fué saqueado dos veces en poco tiempo, cosa que Dios permitió para demostrar que la perversidad humana no impediría que las comunidades se repusieran en seguida del susto.

Por supuesto, que es cosa que causa risa, la estupidez de aquellas pobres gentes, de los salteadores quiero decir, que sin tener en cuenta que lo saqueado se había de convertir en oraciones para las ánimas, y que ellos habían de serlo al poco tiempo, se robaban á sí mismos.

¡Bobos!

¡BEBE QUIETO!

No puedo, ni quiero negar, que la lectura de *La Política* me causa una alegría inexplicable.

La risa me retoza en el cuerpo en cuanto comienzo á saborear esos renglones sacados á torno, en los que la espontaneidad y el calor y el entusiasmo son flores de trapo, y en los que se adivina cien veces la mano que ha modificado ligeramente un concepto que tenía más de verdadero que de conveniente.

¡Con qué encantadora ingenuidad nos dice el citado diario que en la levita de D. Antonio no brillaba condecoracion ni adorno ninguno ántes de 1868.

Nada. Era una levita negra, con sus faldones un poco sobrados de vuelo, porque así se llevaban entonces, y sus correspondientes solapas, porque así las ha llevado siempre D. Antonio.

Pero nada más: ni un cintajo, ni una cruz, ni un entorchado. Podía ser aquella la levita de un maestro de escuela de la Normal; y es seguro que las generaciones venideras contemplarán tras de un cristal esa levita, y leerán en un tarjeton colocado debajo de ella:—«Esta levita fué llevada por D. Antonio Cánovas del Castillo (*el monstruo*) ántes de 1868.

Sigo llamándole «monstruo», porque sé que si- go gustándole que se lo llamen.

Pero ¡qué decepcion!

¡Saber que la levita de D. Antonio ha sido alguna vez una levita simple, sin el Toison, sin los tres

entorchados, sin cruz ninguna; y que habrá llegado á tener todo eso por el mismo camino que sirvió á tantas otras levitas, hospedando quizás en sus bolsillos programas pavorosos y otras vulgaridades de este género!

¡Yo, que había creído que D. Antonio había salido del claústro materno con sus mismos lentes, sus mismas condecoraciones, sus mismas manotadas y su mismo aire jaqueton y despreciativo!

No puedo acostumbrarme á la idea de que le hayan llevado en brazos y le hayan tomado la naricilla, diciéndole:—«¡ajito! ¡ajito al niño!»

Sea como quiera, el niño creció y se desarrolló y escribió un drama que no se representó. Luégo escribió un programa que tampoco se representó, pero que hizo mucho ruido. Luégo se metió en la calle de la Madera, y comenzó la serie de milagros de que nos da cuenta *La Política*, diciendo entre otras cosas:

«Dentro de aquella modesta habitacion de la calle de la Madera, estaba la atmósfera saludable de la Restauracion preparada para el advenimiento pacífico de D. Alfonso XII, y estaba ya designado el bravo general Despujols para hacer disciplinadamente el movimiento sin exposicion aventurada de ningun género.»

¡Pobre Arsenio Martinez! Si Cánovas ha concluido con los carlistas, y ha pacificado Cuba y ha

designado á Despujols... ¿qué has hecho tú, de Campos y Anton?

Mas ya lo entiendo. Tú llevaste á cabo felizmente la Restauracion comenzando por un acto de indisciplina, porque no podía ser otra la manera; y el general Despujols cumplió su cometido aguardando á que el movimiento estuviese hecho, para que ni fuese indisciplinario continuarle ni tuviese exposicion aventurada de ningun género.

Otra de las cosas que mejor efecto me producen en *La Política*, es la inquietud que abriga por sí los constitucionales pasamos un puente que nos levanta el Sr. Castelar.

No tenemos frases con qué agradecer al periódico de D. Antonio el interes que por nosotros manifiesta.

Hasta se alarma por nuestro decoro, que considera ofendido por el puente. Una ofensa de cal y canto.

Nosotros no hemos examinado esa obra de comunicacion que, al decir de *La Política*, nos ofrece el Sr. Castelar. Lo que sí sabemos es que los puentes con que nos han brindado alguna vez los amigos de *La Política*, han sido como el puente de barcas de Logroño.

ESE.



VISTA GENERAL DE LA ABADÍA DE LAPAIS